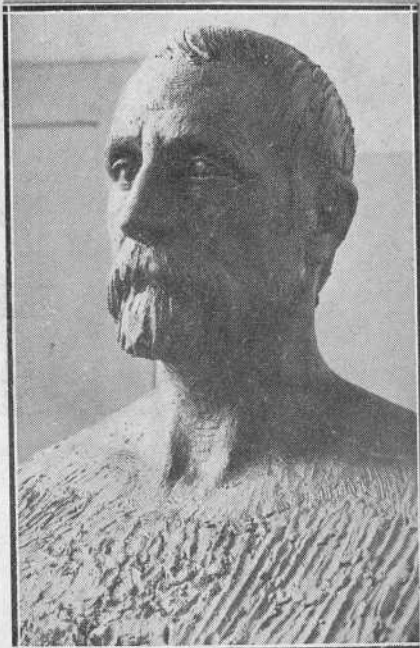


NÚÑEZ DE ARCE



POESÍAS

PUBLICADAS POR LA DIPUTACIÓN Y
EL AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID



NINEZ DE ASCE

POESÍAS

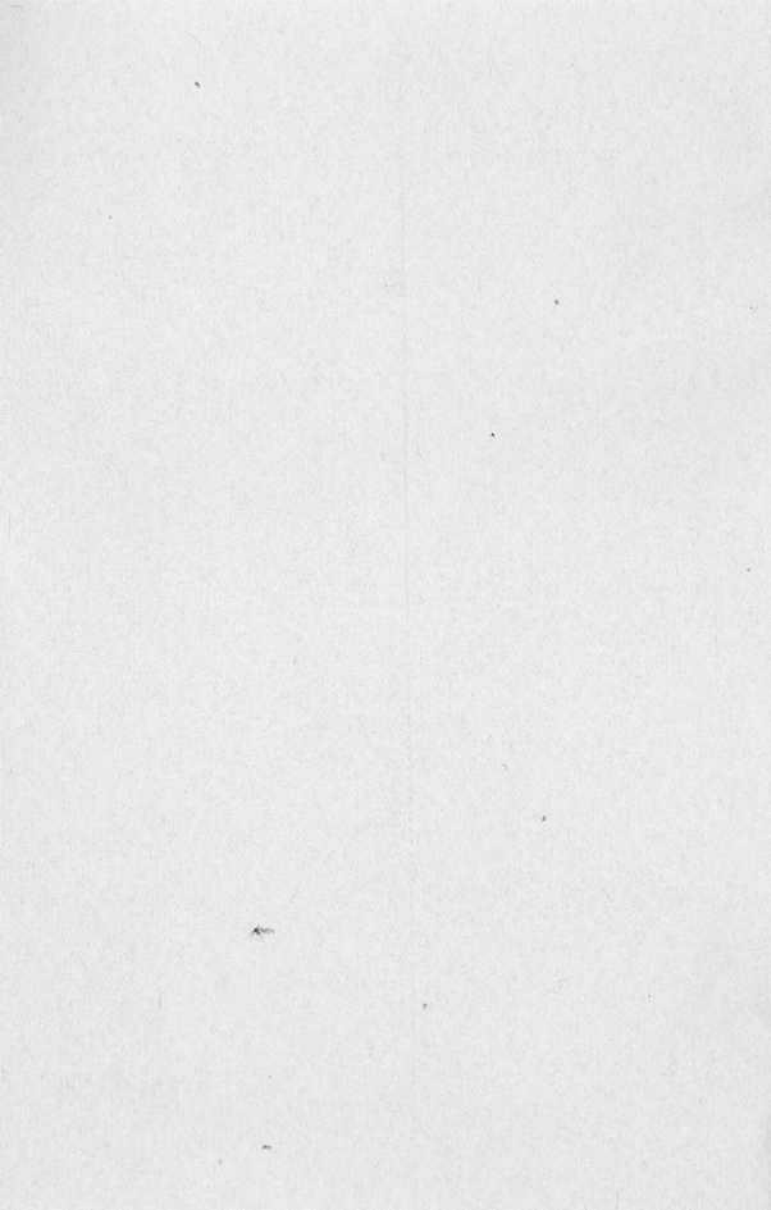
DE LA MANEJA LA PERELEN
Y SU COMPOSICION DE VARIACIONES

18 32

19 52

T. 1319139

C.

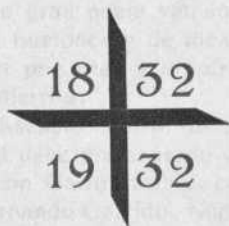


NÚÑEZ DE ARCE



POESÍAS

PUBLICADAS POR LA DIPUTACIÓN
Y AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID



VALLADOLID: IMPRENTA PROVINCIAL

NÚMEROS DE ARCE

POESÍAS

PUBLICADAS POR LA DILIGENCIA
Y AYUDAMIENTO DE V. M. ARCE



IMPRESOR: J. M. ARCE Y CA. MADRID

2170804

N O T A

El gran poeta Gaspar Núñez de Arce nació en Valladolid el día 4 de Agosto de 1852. Murió en Madrid el 9 de Junio de 1903.

Su infancia la pasó en Valladolid. Su mocedad en Toledo. Ambas ciudades contribuyeron a formarle el espíritu y a encender en él sus grandes amores: el amor a la tradición viva, que no es arqueología ni erudición, sino sustancia entrañable y continuidad esencial; el amor a Castilla y a España y el amor a la libertad que rezumaban las piedras líricas de las dos ciudades comuneras.

A los diez y ocho años huyó de su casa — como Zorrilla, el otro gran poeta vallisoletano — y con el alma sonora de ilusiones y de ideas nuevas, llegó a Madrid a luchar por ellas y a sufrir persecuciones, prisiones y destierros.

Con Calvo Asensio — otro vallisoletano ilustre a quien la ciudad debe un recuerdo y un homenaje —, con Sagasta, con Carlos Rubio, con Nicolás María Rivero, con Fernando Garrido, Núñez de Arce formó en la vanguardia «progresista», corazón y cerebro de la revolución que iba fraguándose.

«Los tiempos son de lucha. ¿Quién concibe el ocio muelle en esta edad inquieta?». Y con la palabra y con la pluma y, cuando fué preciso, con la acción, exponiendo la vida, luchó Núñez de Arce por el triunfo de la libertad y de la «España con honra».

De esta época son sus trabajos periodísticos y de propaganda publicados en *El Observador* y en *La*

Iberia, sus *crónicas de la guerra de Africa* y sus *Cuentos de la otra vida*, diálogos humorísticos que el poeta, años más tarde, valoró con rigor excesivo.

Afiliado al partido Unión liberal fué Gobernador de Logroño y Diputado por Valladolid el año 1865.

Quebrantada su salud, nunca muy firme, por el trabajo, la inquietud constante y la lucha política, retiróse a descansar a un pueblecito próximo a Barcelona. En él estaba cuando advino la revolución. Formó parte de la Junta revolucionaria, fué, brevemente, Gobernador de la ciudad y en el mes de Octubre, llamado por el Gobierno provisional, se trasladó a Madrid. Cuando en 1871 desapareció la Unión liberal, ingresó en el partido liberal dinástico que dirigió Sagasta.

Desempeñó varios cargos de importancia, fué Ministro de Ultramar en 1885 y desde 1897 hasta su muerte Gobernador del Banco Hipotecario.

Las obras de Núñez de Arce son, además de las ya citadas: los *Gritos del combate*, colección de poesías líricas, en que se contiene lo más sazonado y perfecto de su producción, y una serie de poemas breves en los que el poeta, con un criterio preconcebido, ensayó distintas modalidades y trató de abarcar, sucesivamente, los anchos horizontes de la lírica y de la épica. *La última lamentación de lord Byron* (1878), *Un idilio y una elegía* (1878), *La selva oscura* (1879), *El vértigo* (1879), *La visión de Fray Martín* (1880), *Hernán el Lobo* (1881) —inconcluso—, *La pesca* (1884), *Maruja* (1886), *Poemas cortos* (1895), *¡Sursum corda!* (1900).

Escribió también Núñez de Arce varios dramas y comedias que se representaron con vario éxito. De ellos, el más notable es *El haz de leña*.

Su obra, no muy abundante, —a ello contribuyó, sin duda, su salud siempre precaria y comprome-

tida— es rica de tonos y varía de acentos: la sátira, la elegía, el poema épico, la nota íntima y sentimental, la patética y resignada, no faltan en ella.

Pero lo que hace de Núñez de Arce un poeta aparte, y casi único en la literatura española del siglo XIX, es haber cultivado con logro perfecto y magistral lo que entonces se llamó «poesía de ideas».

De ideas, porque el canto mueve y arranca de un estado sentimental producido por conflictos de ideas. Es decir, que el juego estricto y abstracto de los conceptos alcanza en su profunda intensidad a penetrar y zahondar los sentimientos y pasiones del poeta, con que las ideas cobran calor y ritmo de seres vivos, y los sentimientos se vigorizan, se depuran y se ennoblecen con el impulso de las ideas que están a su base y que les prestan amplitud, desinterés y sublimidad.

El poeta que adoraba la libertad con todo el fervor de su alma, hubiera querido verla venerada, impoluta y espléndida, como una diosa y cuando las turbas descarriadas la desconocen y mancillan, sufre y maldice como un profeta bíblico. El hubiera querido conservar la fe consoladora de los primeros años y cuando la razón implacable como una fuerza de la Naturaleza le destruye la fe y «el ídolo del altar cae destruído al golpe inmaterial de la palabra», sufre y se lamenta y llora lágrimas viriles. El hubiera querido ver triunfantes y exaltadas entre los hombres la belleza y la virtud y cuando ve —fracaso eterno que acibara la vida— triunfar la fealdad y el mal, impreca y maldice a la vida y a los hombres.

Y sin embargo Núñez de Arce no es un pesimista.

El anhelo subsiste, el impulso hacia lo lejano, no naufraga, porque la fe en el ideal perdura sobre los huracanes y tormentas.

Ruben Darío, tan distinto, tan «de otra edad», lo dijo ejemplarmente: «En la copia de cantos que forman el caudal poético suyo, no existe ningún negror de pesimismo. Hay queja, desesperación delante del misterio, desconfianza en lo ideal. Pero no le ha dado jamás con su verso ninguna puñalada a la esperanza. Llega a lo gris, jamás a lo negro. Tiembla delante de la terrible Isis; clama ante los ojos implacables de la pálida y solitaria Esfinge. Pero siempre Dios resurge; siempre la esplendorosa majestad de lo supremo ilumina su lira.»

El verso de Núñez de Arce recio, sobrio, claro, castizo, tiene par, pero no superior en castellano. Su verbo denso y preciso, como una forma escultórica, dice lo que quiere decir exactamente, a veces insuperablemente.

Su poesía es tormentosa, porque arraiga en contradicciones profundas y vivas: su cuerpo feble y su espíritu robusto, su hambre y sed de ideal y la España abyecta en que vivió, su religiosidad que en lo íntimo le perduró siempre, y su espíritu analítico y racionalista al que no se podía sustraer, porque era el de su siglo.

Pero la esperanza «mana siempre».

Y cuando la España borbónica, con todas sus vergüenzas, desembocó en la cloaca máxima del 98, suyo fué el impulso y suya la noble voz que se levantó de entre los muertos para clamar transida de dolor y de esperanza:

¡Sursum corda! Elevad los corazones
hijos nacidos de mujer, la senda
es escabrosa, pero no infinita.

I N T R O D U C C I Ó N

¡Los tiempos son de lucha! ¿Quién concibe
el ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,
el tribuno perora, el sabio escribe.

Nadie el golpe que da ni el que recibe
siente, a medida que el peligro aprieta;
desplómase vencido el fuerte atleta
y otro al recio combate se apercibe.

La ciega multitud se precipita,
invade el campo, avanza alborotada
con el sordo rumor de la marea.

Y son en el furor que nos agita,
trueno y rayo la voz; el arte, espada;
la ciencia, ariete; tempestad la idea.

L A G U E R R A

Por razones que se calla
la historia prudentemente,
dos monarcas de Occidente
riñeron fiera batalla.

La causa del rompimiento
no está, en verdad, a mi alcance,
ni hace falta para el lance
que referiros intento.

Sobre el campo del honor
cubierto de sangre y gloria,
donde alcanzó la victoria
más la astucia que el valor;

dos discípulos de Marte,
que airados se acometieron
y juntamente cayeron
pasados de parte a parte;

sumergidos en el lodo,
mientras que llegaba el cura
para darles sepultura,
platicaban de este modo:

SOLDADO PRIMERO

— ¡Hola, compadre! ¿Qué tal
te ha parecido el asunto?

SOLDADO SEGUNDO

Puesto que me ves difunto
debe parecerme mal.

SOLDADO PRIMERO

Pues ha sido divertida
la función: mira a tu lado.
Lo menos hemos quedado
doce mil héroes sin vida.

Y en esto me quedo corto,
que me enfadan los extremos.

SOLDADO SEGUNDO

¡Con qué habilidad nos hemos
destrozado! Estoy absorto.

Ha habido alarmas y sustos
y muertes y atrocidades
para todas las edades
y para todos los gustos.

SOLDADO PRIMERO

Mas yo quisiera saber
por qué con tanto denuedo
nos matamos...

SOLDADO SEGUNDO

¡Ay! No puedo
tu duda satisfacer.

Para entrar en esta danza
tuve que dejar mi oficio.
Sé que aprendí el ejercicio,
sé que estudié la Ordenanza.

Sé que en compañía de esos
que están mordiendo la tierra,
me trajeron a la guerra
y me moliste los huesos.

Y, en fin, francamente hablando,
puedo decirte al oído,
que he muerto como he nacido;
sin saber por qué ni cuándo.

SOLDADO PRIMERO

De tu explicación me huelgo,
porque mi vida retrata.

En esto, alzando la pata
un moribundo jamelgo,
— ¡Gracias, dioses inmortales!
— dijo con voz lastimera, —
Pues de la misma manera
morimos los animales.

Cuando pasó la impresión
de tan extraño incidente,
así anudó el más valiente
la rota conversación.

SOLDADO PRIMERO

Aunque ignoramos la ley
que produjo esta querella,
¡juro a Dios vivo! que en ella
lleva la razón mi rey.

SOLDADO SEGUNDO

¿Y por qué?

SOLDADO PRIMERO

Porque es el mío.

SOLDADO SEGUNDO

¡Qué salida de pavana!
La justicia es de quien gana.

SOLDADO PRIMERO

De tu ignorancia me río.
¡Pues cuántos que han hecho eternos
sus nombres con la victoria,
no han ido a gozar la gloria
de su triunfo a los infiernos!

SOLDADO SEGUNDO

Considera lo que dices,
porque estoy ardiendo en ira.

SOLDADO PRIMERO

¡No me alces el gallo!...

SOLDADO SEGUNDO

Mira
que te rompo las narices.—
Y fieros y cejijuntos
a combatir empezaron
de nuevo... ¡Y no se mataron,
porque ya estaban difuntos!

Diéronse golpes crueles,
hasta que hueca y ufana
llegó la Locura humana,
sonando sus cascabeles.

Puso paz entre los dos
y dijo con desenfado:

— «¿Qué es esto? Habéis olvidado
que sois imagen de Dios?

Tal vez la inmortalidad
con justo título esperen
los que por la Patria mueren,
por Dios, por la libertad.

Pero que el hombre sucumba
en conquistadora guerra,
cuando siete pies de tierra
le bastan para su tumba;

o que en lucha fratricida
entre, sin saber quizá
ni por qué la muerte da,
ni por qué pierde la vida;

esto mi paciencia apura,
y cuantas veces lo veo,
aunque soy Locura, creo
que es demasiada locura. »

R E C U E R D O S

I

¡Tantas esperanzas *muertas*
y tantos recuerdos *vivos!*...
en el corazón humano
jamás se forma el vacío.

Nace una ilusión y muere;
pero su cadáver mismo
queda insepulto en el alma
y siempre en la mente fijo.

¡Ay! por eso yo que os llevo
ha tantos años conmigo,
esperanzas engañosas
que me halagásteis de niño;

hoy que bajo el grave peso
de vuestro cadáver gimo,
¡infeliz de mí! quisiera
que nunca hubiérais nacido.

II

¿Te acuerdas? Al pie de un árbol,
en el jardín de tu casa,
el dulce y maduro fruto
ibas cogiendo en la falda.

Turbando nuestra alegría
crujió de pronto la rama,
diste un grito, y desplomado
caí sin voz a tus plantas.

No ví más; pero entre sueños
me pareció que escuchaba
desconsolados gemidos,
tiernas y amantes palabras.

Y cuando volví a la vida,
en una sola mirada
se besaron nuestros ojos
y se unieron nuestras almas.

III

¿Te acuerdas? Seis años hace
cuando por la vez primera
eterno amor nos juramos
y fidelidad eterna.

¡Cuán venturosas corrieron
las horas ¡ay! y cuán prestas!
un deseo, una esperanza
fué nuestra dulce existencia.

Turbóse un día el encanto
de aquella pasión inmensa,
y el viento de la fortuna
llevóme a lejanas tierras.

Colgándote de mi cuello,
en llanto amargo deshecha,
vuelve, — me dijiste — vuelve;
que mi corazón te llevas. —

Volví... ¡Ya estabas casada!
y un ángel de rubias hebras
en tu regazo dormía
el sueño de la inocencia.

Posé, temblando, mis labios
en su faz blanca y risueña,
y al mirarte, ví que estabas
pálida como una muerta.

IV

Después... Aturdido, ciego,
cuando me hirió el desengaño,
en tus queridas *memorias*
quise vengar mis agravios.

Busqué frenético el rizo
de tus cabellos castaños,
que en la postrer despedida
me diste, Inés, sollozando.

—Muera, dije— este recuerdo
de aquel corazón ingrato,
y arrastre el viento en cenizas
la inútil prenda que guardo. —

Miréla suspenso y mudo,
hasta que ahogándome el llanto,
en vez de arrojarla al fuego
la llevé ¡loco! a mis labios.

¡Ay! quiera Dios que no veas
preso en amorosos lazos,
al hijo de tus entrañas
llorar, como estoy llorando.

V

¿Te acuerdas? Cuando en los días
de mi secreto infortunio
dudaba yo de mí mismo,
pobre, olvidado y oscuro;
enjugoando compasiva
mi llanto abundante y mudo,
—no desmayes, me dijiste,
que el porvenir será tuyo.

Yo compartiré contigo
lauros, honores y triunfos,

y a la sombra de tu fama
nuestro amor llenará el mundo. —

Hoy rompe a veces mi nombre
la indiferencia del vulgo,
y a veces también su aplauso
trémulo y turbado escucho.

Pero como estás muy lejos
y en vano te llamo y busco,
páreceme que resuena
en el hueco de un sepulcro.

EL REO DE MUERTE

¡Oh, vedle, vedle! ¿Turbia y ardiente la mirada,
en brazos de su culpa que le acrimina austera,
tan lejos y tan cerca de la insondable nada,
del mundo que le arroja, del polvo que le espera!...
¡Luchando con extrañas y horribles agonías
que traen ante sus ojos en rápida carrera
sus inocentes horas, sus conturbados días,
el cuadro pavoroso de su existencia entera!

Ayer, aunque entre sombras, el porvenir incierto
brindábale ilusiones de amor y de ventura,
y hoy, asomado al borde de su sepulcro abierto,
contempla horripilado la eternidad oscura.
La muerte, que le acosa con misterioso grito,
despierta los terrores de su conciencia impura:
quiere llamar, y apaga sus voces el delito,
quiere huir, y le asalta la hambrienta sepultura.

¡Ay, si recuerda entonces el dulce hogar sereno
donde pasó ignorada su infancia soñadora,
la amante y pobre madre que le llevó en su seno,
único ser acaso que le disculpa y llora!
¡Ay triste de él si al lado del hondo precipicio
su amparo no le presta la fe consoladora;
la fe que se levanta potente en el suplicio
y da sus alas de ángel al alma pecadora!

¡Miradle! Cada paso que hacia el cadalso avanza
de su agitada vida los horizontes cierra:

apágase en sus ojos la luz de la esperanza
y el peso de la muerte fatídico le aterra.
¡Ay, ten valor! Si un día de imprevisión y dolo
te puso con los hombres y con la ley en guerra,
mañana entre los muertos abandonado y solo
en su profundo olvido te envolverá la tierra.

Aparta tu mirada terrífica y sombría
de esa apiñada turba que bulle en el camino
para gozar del triste placer de tu agonía
y presenciar el término de tu fatal destino.
¡Oh! no la empuja sólo su imbécil sentimiento
hacia el cadalso infame que espera al asesino.
¡Hasta la cumbre misma del Gólgota sangriento
siguió también los pasos del Redentor divino!

C R E P Ú S C U L O

El sol tocaba en su ocaso,
y la luz tibia y dudosa
del crepúsculo envolvía
la naturaleza toda.

Los dos estábamos solos,
mudos de amor y zozobra,
con las manos enlazadas,
trémulas y abrasadoras,
contemplando cómo el valle,
el mar y apacible costa,
lentamente iban perdiendo
color, transparencia y forma.

A medida que la noche
adelantaba medrosa,
nuestra tristeza se hacía
más invencible y más honda.

Hasta que al fin, no sé cómo
yo trastornado, tú loca,
estalló en ardiente beso
nuestra pasión silenciosa.

¡Ay! al volver suspirando
de aquel éxtasis de gloria,
¿qué vimos? Sombra en el cielo
y en nuestra conciencia sombra.

¡ A M O R !

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera,
das a los seres vida y movimiento,
con qué entusiasta admiración te siento,
aunque invisible, palpitar doquiera!

Esclava tuya la creación entera,
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal, que el pensamiento
te proclamara Dios, si Dios no hubiera.

Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y profundo:
tú creas, tú trasformas, tú iluminas,
y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónito dominas,
¡amor, eterno amor, alma del mundo!

Es de noche: el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pie del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y a veces, como un lamento,
resuena el lúgubre son
con que llama a la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
su incierta luz a lo lejos,
y a sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan

esas mil sombras que espantan
a los niños y a los viejos .

De pronto , claro y distinto
la regia cripta conmueve
ruido extraño , que aunque leve ,
llena el mortuorio recinto .
Es que el César Carlos Quinto ,
con mano firme y segura
entrebrea su sepultura ,
y haciendo una horrible mueca ,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura .

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño ,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada .
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario ,
alza el mármol funerario ,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro , envuelto
en su andrajoso sudario .

— ¡Hola! — grita en son de guerra
con aquella voz concisa ,
que oyó en el siglo , sumisa
y amedrentada la tierra .
— ¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama ,
varones que honrais la fama ,
antiguas y excelsas glorias ,
de vuestras urnas mortuorias
salid , que el César os llama . —

Contestando a estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
después a salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse a España,
cual granítica montaña,
a impulsos del terremoto.

Luego el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya Edad, nuestra gloria
como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.
¡Ay qué terrible armonía,
qué oscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos e inquisidores.

¡Qué es mirar como serpea
por su semblante amarillo
el fosforescente brillo
que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,

cuántas invictas espadas ,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hacia el templo se encamina
la fúnebre procesión.
Marcha con pausado son
tras del rey que la congrega,
y cuando a la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto a la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el ceiro ostenta
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.

La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que a inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y a Dios elevan su canto.
Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso que va creciendo
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un río
» caudaloso y desbordado.
» Hoy la fuente se ha secado,
» hoy el cauce está vacío.
» Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
» se extingue, se apaga y muere.

» ¡Miserere!

» ¡Maldito, maldito sea
» aquel portentoso invento
» que dió vida al pensamiento
» y alas de luz a la idea!
» El verbo animado ondea
» y como el rayo nos hiera.

» ¡Miserere!

- » ¡ Maldito el hilo fecundo
- » que a los pueblos eslabona,
- » y busca, y cuenta, y pregona
- » las pulsaciones del mundo!
- » Ya en el silencio profundo
- » ninguna injusticia muere.

» ¡ Miserere!

- » Ya no vive cada raza
- » en solitario destierro,
- » ya con vínculo de hierro
- » la humana especie se enlaza.
- » Ya el aislamiento rechaza,
- » ya la libertad prefiere.

» ¡ Miserere!

- » Rígido y brutal azote
- » con desacordado empuje
- » sobre las espaldas cruje
- » del rey y del sacerdote.
- » Ya nada existe que embote
- » el golpe ¡oh Dios! que nos hiere.

» ¡ Miserere!

- » Mas ¡ay! que en su audacia loca,
- » también el orgullo humano
- » pone en los cielos su mano
- » y a tí, Señor, te provoca.
- » Mientras blasfeme su boca,
- » ni paz ni ventura espere.

» ¡ Miserere!

- » No en la tormenta enemiga:
- » no en el insondable abismo:

- » el mundo lleva en sí mismo
 - » el rayo que le castiga.
 - » Sin compasión ni fatiga
 - » hoy nos mata; pero muere.
- » ¡Miserere!

- » Grande y caudaloso río,
 - » que corres precipitado
 - » ve que el nuestro se ha secado
 - » y tiene el cauce vacío.
 - » ¡No prevalezca el impío,
 - » ni la iniquidad prospere!
- » ¡Miserere! »

Súbito, con sordo ruido
 cruje el órgano y estalla,
 la luz se amortigua, y calla
 el concurso dolorido.
 Al disiparse el sonido
 del grave y solemne canto
 llega a su colmo el espanto
 de las mudas calaveras,
 y de sus órbitas hueras
 desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
 la luz misteriosa y vaga,
 todo murmullo se apaga
 y el cuadro se desvanece.
 Con el alba que aparece
 el cortejo se evapora,
 y mientras la blanca aurora
 esparce su lumbre escasa,
 a lo lejos silba y pasa
 la rauda locomotora.

P R O B L E M A

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis a un lado,
una duda exponer, y es la siguiente:

—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
de espinas o de sombras coronado?

¿Por qué feliz y próspero, el malvado
alza orgulloso la atrevida frente?

¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
el eterno dominio del pecado?

¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
sometida al dolor, con sangre traza
la historia de sus luchas gigantes?

Y si es ficción la gloria prometida,
si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

T R I S T E Z A S

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestra viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba a Dios mis ojos
soñando en las venturas celestiales;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte a lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva
para formar la ojiva
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando a los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha, de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre o sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquilo
a más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a ti perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
a mi angustiada voz; alzo los ojos
y a penetrar la lobretez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
a su impiedad, ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡y ese Dios no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde a tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos !...
a los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intrincadas espesuras,
desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha; en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva a esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí a nuestra fe desalentada, incierta:
— ¡Anímate y despierta!
como dijiste a Lázaro: — ¡Levanta! —

(FRAGMENTO)

XXXI

Desde el alba hasta el término del día
ya nadie nos veía
vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
buscábamos los nidos,
en los frondosos árboles del huerto.

XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
pasaba por su lado,
tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
mas al quedarme solo
se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*
dirigía mi huella
hacia las ruinas del feudal castillo,
que sobre estéril y ondulada mota
alza su frente rota
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV

Elévase fantástica y disforme
aquella mole enorme

que muestra de los siglos el estrago :
crece en las hendiduras de la piedra
la trepadora hiedra
y al pie del muro el triste jaramago .

XXXV

Solo las bulliciosas golondrinas
turban de aquellas ruinas
la paz solemne con sesgado vuelo ,
y alguna alondra al ascender iniquita
símbolo del poeta ,
que cuando canta se remonta al cielo .

XXXVI

En muda calma y soledad medrosa
parece que reposa
aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que a sus plantas corre,
y la vetusta torre
proyecta en su cristal , pasa sin ruido .

XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio ,
y hallar algún remedio,
a mis ansias prolijas y secretas ,
con brazo vigoroso y pie seguro
subía por el muro ,
buscando apoyo en sus profundas grietas .

XXXVIII

Agil , robusto , dueño de mí mismo ,
al través del abismo

alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
para ver en confusa perspectiva
la inmensidad arriba,
y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogían
al acercarme huían,
y solo con mis penas en la altura,
de codos en el ancho parapeto,
miraba con respeto
el cielo azul y la feraz llanura.

XL

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo
apartado del mundo
en aquel torreón del homenaje,
con íntima y tenaz melancolía
se engolfaba y hundía
en la infinita calma del paisaje!

XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte
del diáfano horizonte
el indeciso término cortaban:
por todas partes se extendía el llano
hasta el confín lejano
en que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII

¡Oh tierra en que nací noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla!

donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡ Con qué placer tan vivo
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII

Cual dilatado mar, la mies dorada
a trechos esmaltada
de ya escasas y mustias amapolas,
cediendo al sopro halagador del viento
acompasado y lento,
a los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate,
que cae agavillado en los inciertos
surcos como los muertos
en el revuelto campo de combate.

XLV

Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrías y laderas crece,
y entre las ondas de la mies madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,

se agrupan en desorden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila
ligeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

Ll

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro
otro descarga el carro
que bajo el peso de la mies rechina.

LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afán trabaja,
y cual premio debido a su fatiga
desgránase la espiga,
y salta rota la reseca paja.

ÍNDICE

Nota	1
Introducción	1
La Ciencia	1
El método	1
El plan de la obra	1
Capítulo I	1
Capítulo II	1
Capítulo III	1
Capítulo IV	1
Capítulo V	1
Capítulo VI	1
Capítulo VII	1
Capítulo VIII	1
Capítulo IX	1
Capítulo X	1
Capítulo XI	1
Capítulo XII	1
Capítulo XIII	1
Capítulo XIV	1
Capítulo XV	1
Capítulo XVI	1
Capítulo XVII	1
Capítulo XVIII	1
Capítulo XIX	1
Capítulo XX	1
Capítulo XXI	1
Capítulo XXII	1
Capítulo XXIII	1
Capítulo XXIV	1
Capítulo XXV	1
Capítulo XXVI	1
Capítulo XXVII	1
Capítulo XXVIII	1
Capítulo XXIX	1
Capítulo XXX	1

Páginas

Nota.	5
Introducción	9
La Guerra	11
Recuerdos	17
El reo de muerte.	21
Crepúsculo	25
¡Amor!.	25
Miserere.. . . .	27
Problema.	35
Tristezas.	37
Idilio (fragmento)	43

ACABÓSE LA IMPRESIÓN DE ESTA
OBRA EN LA IMPRENTA PROVIN-
CIAL DE LA DIPUTACIÓN DE
VALLADOLID A LOS XXI
DÍAS DEL MES DE SEP-
TIEMBRE DEL AÑO
MCMXXXII



106

VALLADOLID
IMPRESA PROVINCIAL

1 9 3 2

EJEMPLAR INVENDIBLE REPARTIDO GRATUITAMENTE POR LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL Y EL AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID